

mos que tramaban su separación del cuerpo, se impusieron como castigo á su impremeditación la *multa* de un peso mensual que por intermedio del pagador y bajo toda reserva le hacían llegar.

Como en este digno ejemplo de amor filial, ¡en cuántos otros casos las apariencias acusan!



LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

(SU TRADICIÓN)

¿Tuvo ó no torres la Catedral? Tantas opiniones en pro como en contra teníamos oídas en diferentes ocasiones, que al fin tentados fuimos por la rebusca del viejo papelito apollillado, origen de todas estas verídicas tradiciones.

Acaso no esté de más recordar cuántas catedrales hubo, quién construyó la primera, lo que cuesta una catedral, por qué se derrumbó, cuántos mitrados hubo y otros que, sin ser cuentos de sacristía, interesar pueden aun á los menos devotos.

Antes de recordar la calle Rivadavia con su nombre actual el de nuestro primer estadista, la llamaron de la Federación, de La Plata, de la Reconquista y calle de las Torres. Como el camino de Barracas, salida al Sur, ésta, desde sus primitividades, fué extendiéndose hacia el Oeste, ascendiendo y ensanchando de senda á huella, carretera, calle, camino real, hasta la ermita de Nuestra Señora del Buen Viaje, en Merlo, como que por él se emprendía, si no siempre el del otro mundo, el del Alto Perú, no mucho más lejos por entonces.

Por más largo tiempo que de las Torres, fué esta calle de «el Martirio,» que largo y por muchos años sufrieron en ella nuestros buenos paisanos.

En cuanto asomaban en tropilla tres ó cuatro gauchos llenos de polvo y barro, quienes al dejar su tropa en los corrales entraban en la ciudad

medio boleaos á cumplir el encargo de su china, rodeábanlos mozos de tienda en una y otra esquina, *apeñuscándose* como moscas.

Acariciándoles unos el caballo, ofreciéndoles otros chapeados baratos, hasta limpiálámparas de *lomilleros* y roperías había, que entre bromas y veras y abrazos y palmadas, entrábanlos en la tienda poco menos que á empellones.

Una vez en el mostrador, mareados con tal *gangolina*, explotados por la pillería de avispados tenderos, gauchos ignorantes, pacatos y cortados, pidiendo sólo un pañuelo para la *patrona*, salían cargados con puñal de cabo de plata, grandes *nazarenas*, calzoncillos *crivaos*, *chiripá* de paño on-ceno, bota fuerte y atado de *inservibilidades* y *chafalonería*, que no cabía en el poncho, pues patronos, dependientes y curiosos no raleaban la salida sino cuando habían arrancado la última yunta de columnarios de su ancho *tirador* de cuero.

Así, antes de ser metropolitana, fué esta Catedral matriz, iglesia mayor, capilla, oratorio, y desde primer altar alzado en el desierto, creciendo y elevando, se alargó con los años hasta grandiosa fábrica de sólida catedral.

Razón hubo para hacerle profundos cimientos, pues una, dos y hasta tres veces cayeron las edificaciones construídas sobre ellos.

¿Y se creerá que por pamperadas ó temblores?

No llegaba por antaño ni un mísero temblorcillo vergonzante de esos que ansía más de una ciudad en ciernes como pretexto al auxilio oficial de dos ó tres *milloncejos*....

No llegaban los temblores, pero amenazaban llegar los abogados, temible plaga de golillas buscapleitos.

Desde que se trazara la primera planta de esta ciudad, se destinó un cuarto de manzana para la iglesia principal, donde aún existe.

Poco distante de ella se dijo la primera misa. El capellán de la expedición de Mendoza, fray Francisco de Triana, bajo el añoso ombú que sobre la barranca contigua á la de Lezama se alzaba hasta el principio del siglo, fué quien en una hermosa mañana de 1536 elevara la Forma Consagrada en el momento que, saliendo el sol tras el majestuoso Plata, vino á dorar la blanca Hostia, al postrarse sobre suelo argentino sus primeros adoradores.

Cuarenta y cinco años más tarde, en la capilla que se improvisó dentro del fortín, rodeado de palizada de una lanza de alto, D. Juan de Garay oyó misa en el Real, celebrada por fray Juan Rivadeneira, el 18 de junio de 1580, horas antes de embarcarse en la carabela *San Cristóbal* llevando á la Metrópoli la noticia de la repoblación de Buenos Aires.

II

En el año de Judas (13 del siglo xvii), considerando el ilustrado cabildo lo funesto que sería el arribo de tres letrados por los enredos que acarrear en los pueblos, acordó detenerles en el camino, prohibiendo su entrada. Si la iglesia ésta no cayó, sin duda fué porque la amenaza de letrados no pasó de amenaza, pero grietada y resentida quedó del susto.

Tres años después anunciaba ruina la primitiva iglesia matriz, por lo que en un cabildo reunido en la de San Francisco (febrero de 1618) resolvióse trasladar allí la custodia y adelantar quinientos ochenta y nueve pesos al carpintero Pascual Ramírez, de los mil cien pesos de á ocho en que se había contratado la obra de la nueva iglesia.



El Ilmo. J. Pedro Carranza, primer obispo y fundador de la catedral.

—Hablemos claro—agregaba maese Pascual, introducido ante el cabildo.—No quiero que la tal iglesita me salga un clavo. Se me han de dar todos los que necesite, y las maderas y herramientas. No he de poner más que mis dos manos, que no tengo más, y los oficiales é indios carpinteros pagados por mi cuenta. Labraré y enmaderaré la dicha santa iglesia hasta que esté para ponérsele encima la caña y teja, cuando el gobernador Hernandarias ordene. No se me fije tiempo—seguía despachándose el andalucito,—que prometo no alzar mano de la obra, con dos oficiales españoles y nueve indios, hasta encañar y cubrir. Yo les pagaré el jornal, la ciudad les dará de comer, que indios muy tragones salen cuando por cuenta ajena aunque con boca propia comen.

Y como á pesar de todas sus dádivas (pedigüeño como pampa era el alarife), poco adelantaba la fábrica, en un otro cabildo, el alcalde D. Sebastián Ordinas propuso al año siguiente, como ya iban cuatro que se había caído la iglesia, que se entregaran todos los sobrantes de la anterior para activar los trabajos.

Y en ella, aún no concluída, se inauguraba el obispado, y fué por ende á catedral elevada, aun antes de haberse alzado sus techos, por el pontífice Pablo V, quien en 1620 concediera la erección del obispado del Río de la Plata.

Hasta entonces dependía esta iglesia de la diócesis del Paraguay.

El 19 de enero de 1621, el primer ilustrísimo D. Pedro Carranza consagraba en catedral la iglesia mayor, y el 12 de mayo del año siguiente pronunció el auto de erección, estableciendo las dignidades en su primer cabildo.

Dos religiosos también andaluces, muy hábiles en todas artes, llegaron con el carmelita Carranza, quienes enriquecieron y adornaron la episcopal.

III

Por sesenta años continuó su construcción, y aunque era la catedral que más duró, en 1752 se fué al suelo.

¿A que no adivinan ustedes por qué? Por los continuos pleitos, odios y rencores en que se hallaban este vecindario y comerciantes, alentados por abogados que, recalcitrantes como ergotistas, introdujéronse al fin.

¿Lo creen ustedes? Pues yo tampoco; pero obispo tan casuista como el Ilmo. Agramonte así lo afirma y ratifica al dar parte de que á las siete de la mañana del viernes 24 de marzo de 1752 cayó la catedral de esta ciudad.

La nueva, que sobre tales ruinas se alzaba, tardó más en hacerse que en deshacerse el frente por dos torres adornado.

Prueba de que éstas no sólo existieron en el modelo que el canónigo Seguro donó al Museo, encontramos en el viejo expediente de marras, mandando demolerse la fachada y torres de la catedral y construirse de nuevo.

Y como para destruir torres parece debieran haber sido construidas, testimonio irrefutable es de que las tales torres de la catedral existieron.

A pedido del mayordomo Sr. D. Manuel Basavilbaso, la comisión de ingenieros nombrada por el virrey dictaminaba que era forzoso demolerlas desde los cimientos y poner otro frontispicio que en altura, longitud y magnificencia correspondiera al cuerpo de la iglesia recién terminada.

El arquitecto Manuel Alvarez de Rocha, que dirigía la obra, defendió las torres de nuestro cuento, que al fin resultaron torrecitas de morondanga.

Pero el Sr. José Custodio de Saá y Faria, que tanto anduvo enredando la lista allá por Misiones, en cuestión de límites, más larga que la pared medianera de nuestros buenos primos de ultracordillera, como aquí dragoneando de arquitecto, logró hacer aprobar su proyecto y plano presentado el 6 de marzo de 1778, y esas torres, sí, quedaron en el papel.

Y como desde entonces inveterada costumbre era en esta tierra de-

rumbar sin reconstruir, el proyecto de nuevas torres sigue en lo mismo, no siendo el único que en más de un siglo no pasa de proyecto.

Pleito hubo é intrincado entre curas y sacristanes, sin necesidad de abogados. Si el obispo tenía de su parte al párroco, al sotacura, capellán, chantre, pertiguero, crucifijero, perrero y hasta al herrero, que eran los más; con el deán y arcediano opinaban al arcipreste, maestrescuela, apuntador, tesorero (sin tesoro) y hasta el sochantre, quien más alzaba la voz, y eran los mejores y más gritones, y como tales se salieron con la suya.....

Mucho tiempo duró la porfía de si las torres estaban bien hechas ó si primas parecían á las de Pisa y Bolonia, en cuanto á lo de inclinadas, hasta que un buen día, cansado de tan largo alegato entre los que defendían y criticaban la obra maestra del maestro Rocha, el virrey Zeballos decretó la demolición de esas torres antes que sin previo decreto y por autorización propia se derrumbaran como poco después las de San Francisco.

Su breve existencia, que no llegó á tres lustros, como la efímera tradición de haberse llamado calle de las Torres, á la que, en el plano de 1769, con tal nombre señalábase, es lo que ha dejado en duda si existieron sólo en proyecto.

IV

El 25 de marzo de 1791 se estrenó el frente de la nueva y bella catedral, y fué el mismo ingeniero portugués Saá Faria quien dirimió la otra eterna disputa entre el obispo Malvar y su cabildo—que pleitear era su oficio, aunque sin abogados—de colocar el altar mayor en el fondo de la nave principal ó en medio del crucero, bajo la amplia media naranja.

Y allí se estuvo ese dorado y monumental sagrario, con hermosos altares á sus frentes, hasta que corriendo los años, y cuando Rosas andaba á abrazos y besamanos con el caudillo López de Santa Fe, el canónigo Amenábar, de aquella matriz, arrasó la catedral, alzándose con cuanto pudo. No consiguiendo le propusiera de obispo, Rosas le permitió se llevara retablos, columnas, altares y adornos, teniendo apenas tiempo de volar hasta el fondo, donde acurrucados lograron salvarse, dos de los angelotes de doradas alas, con otros de sus hermanos que adornaban los flancos en diversos planos del elegante y elevado altar, y allí se estaban mofletudos y soplando como si aún no se les hubiese pasado el susto.

Antes del desbande de querubines, arcángeles y serafines promovido por Amenábar, bajo pretexto de que los pobrecitos serían aplastados por la inmensa mole de la media naranja, el ingeniero militar francés M. Cate-

lin tenía empezada (1822) la bella columnata del actual frontis, cuyas torres, sí, han quedado en cimientos por más que el digno arzobispo Aneiros las reclamaba.

Bajo la patriótica inspiración del Sr. Sarmiento (ministro de Buenos Aires en 1860), y como emblema que eternizara el abrazo de fraternidad que en ese año estrechó con júbilo las catorce provincias argentinas, proyectó el hábil ingeniero Pellegrini el hermoso bajo relieve del abrazo de José con sus hermanos, reconociéndolos al pie del más antiguo monumento que existe en la tierra, pirámide sobre la que un día tuvimos ocasión de tremolar la bandera argentina en Egipto.

Y aunque no concluyó aquí su obra, terminaremos esta tradición, para que no sea tan larga como la obra de la catedral, recordando siquiera de paso los nombres de obispos que bajo sus bóvedas cachetearon muchas generaciones, al confirmar en la fe de nuestros padres, que Dios mediante no se extinguirá en nuestros hijos.

V

En 26 de junio de 1622 quedó definitivamente instalado en esta santa iglesia catedral su primer obispo, el carmelita descalzo Pedro Carranza, á quien sucedieron fray Cristóbal de Aresti, 1635; fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, desde 1641 á 1673; D. Antonio de Azcona Imberto vino en 1677, falleció en 1700, hizo trabajar la catedral que, inaugurada en 1680, se derrumbó en 1752, y contigua á ella la casa para los obispos. A fray Gabriel de Arregui, en 1713, siguió don Pedro Fajardo, trinitario, desde 1717 al 1729; D. Juan de Arregui, obispo natural de esta ciudad, como su anterior hermano, se recibió el 16 de abril de 1731. Fray José de Peralta Barrionuevo Rocha y Benavidez, limeño, llegó en junio de 1741. D. Cayetano



Monseñor Mariano Escalada,
primer arzobispo

Pacheco de Cárdenas, arcediano de La Paz, falleció sin consagrarse. D. Cayetano Marcellano y Agramont, en 1748, y nueve años después fué ascendido á arzobispo de La Plata.

Un tercer obispo, natural de esta tierra, fué el onceno, Dr. D. Antonio Basurco, en 1757, sucediéndole á los dos años D. Manuel Antonio de la Torre. No bien llegado fray Sebastián Malvar y Pinto (28 octubre 1778) cuando se le removió á arzobispo de Santiago en Galicia. Al Dr. Ma-

nuel de Azamor y Ramírez, en 1784, sucedió en 1797 el Dr. D. Pedro Inocencio Bejarano; y el último obispo godo de ingrata memoria, doctor D. Benito Lúe y Riega, confirmó la primera generación de patriotas desde 1802 á 1812.

Con largo intervalo de sede vacante fué nombrado primer obispo argentino, después de la independencia de la madre patria y de la Iglesia de España, el Dr. D. Mariano Medrano y Cabrera, obispo de Aulón en 1829, vicario apostólico en 1830 y obispo de Buenos Aires el 2 de julio de 1832, hasta el 7 de abril de 1851, en que, á su fallecimiento, Rosas le hizo enterrar con gran pompa en la iglesia de la Piedad. De ésta fué cura, y hasta hoy descansan sus restos al lado de los de su piadosa madre.

En 1854 el Dr. D. Mariano José de Escalada, ya desde 1832 obispo de Aulón; y elevada la catedral de Buenos Aires treinta años después al rango de iglesia metropolitana, se le proclamó primer arzobispo de la nueva archidiócesis el 4 de marzo de 1865, falleciendo en Roma el 28 de julio de 1870, durante el último concilio, en que por vez primera estuvo representada la Iglesia argentina. Tercer obispo de Aulón, fué el doctor Federico Aneiros, segundo arzobispo, desde el 24 de julio de 1873, poco ha fallecido y sinceramente sentido. Correspondía el número veinte entre los mitrados de esta catedral al piadoso doctor Castellanos, desde 1895, y cuatro años más tarde el muy virtuoso prelado Ilmo. Sr. Dr. Espinosa gobierna sabiamente la católica grey argentina.



Monseñor Federico Aneiros,
segundo arzobispo

VI

No obstante sus defectos arquitectónicos, es la catedral el más grande y hermoso templo entre los mil veinticinco consagrados en la República, que como relicario sagrado guarda los más queridos recuerdos.

Bajo sus altas bóvedas muchas generaciones se han congregado á dar gracias á Dios, colgando de cornisas y pechinas los trofeos de nuestras primeras victorias, ó implorando la protección divina en sus horas de tribulación. Arca santa de una religión que, cual árbol de origen divino, penetran sus raíces en lo más profundo de la tierra; y creciendo y elevándose da sus flores en los cielos; á cuya sombra siempre encuentra el hombre consuelo que alienta en la vida.

Tal vez cuando la catedral era de paja hubo más sincera devoción; pero el tiempo la ha consagrado como santuario de la fe de un pueblo, en el cual el que confía vive tranquilo.

Todo se desarrolla por el crecimiento progresivo; y la capital de la república cuenta con la mitad apenas de las sesenta iglesias requeridas para el culto de medio millón de católicos, exigiéndose ya una metropolitana digna de la nación.... Existen capillas y templos de todos los cultos, griegos, rusos y sinagogas.

Hoy que no sabemos dónde estamos, no porque recién hayamos perdido la brújula y extraviada siga la nave de la República, sin norte y expuesta á estrellarse entre los escollos que ante ella se levantan, sino porque no tenemos punto fijo astronómico, desde que cayó la farola de la Aduana, que guiaba en tenebrosa noche al navegante del Plata, y podría de su alta mole levantarse la nueva luz que condujese á nuestro puerto á todos los bienvenidos de los cuatro extremos de la tierra.

Y á no temer imitar lo del indio pedigüeño de nuestro cuento, después de pedir para la chata catedral torres mejores que las de antaño y en su reloj la hora oficial (nunca los canónigos pierden horas), á semejanza de la vecina en la Prensa, en cuya cúpula luminosa reemplace la mencionada farola transparente, proyectáramos Seminario, á ella anexo, en el que se instruyan jóvenes sacerdotes, á quienes cumple volver el brillo de otros tiempos á la cátedra sagrada, donde resonaron los acentos más elocuentes de fe sincera y de santo patriotismo.

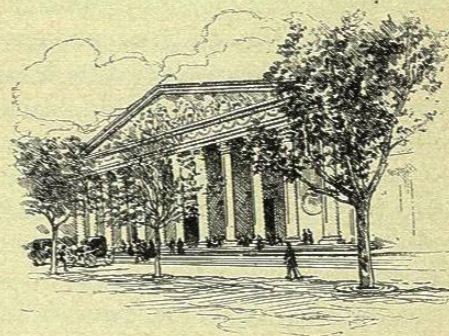
VII

Y para cerrar con broche de oro esta tradición más larga que la obra de la catedral, majestuosa metrópoli, de amplísimas columnas, en cuyas sacristías se exhiben cuadros más largos aún que sus escaños, recordaremos que vino Dios á orar en ella...., es decir, su mismísimo representante aquí en la tierra, descendió á rogar por este pueblo, bajo las altas bóvedas, que adornaban banderas rendidas de tres naciones.

El domingo 2 de enero de 1824, apeñuscamiento de devotas, estrujábanse por estar más cerca á tres sacerdotes abstraídos por igual fervor al pie del altar de San Pedro, orando detrás del primer Nuncio Apostólico, arzobispo Muzzi. Recorriendo diversas capillas, venían de admirar la milagrosa imagen del Cristo de Buenos Aires; y en la que hoy guarda los restos del fundador de la independencia americana, la magnífica tela del Cristo de Van-Dick, aún no substituída por mala copia del pintor napolitano demasiado listo para alzarse con el original. El porte majestuoso del

bello romano descollaba entre el argentino y chileno que le acompañaban.

¿Qué pedirían en sus oraciones aquellas almas piadosas? Con el andar del tiempo, el Sr. Cienfuegos, arribando á su tierra amada, llegó á ser obispo de Chile. El doctor Escalada quedó en casa, y con las llaves de la casa, primer arzobispo de esta archidiócesis. El joven italiano Juan María Mastai pidió sin duda las llaves de San Pedro, y dejándole el Pontífice su Silla, le tocaron las llaves del cielo al tomar el nombre de Pío IX. El de nuestra santa catedral, y nosotros á sus pies recibiendo en Roma su bendición, al recordarle los tiempos que tradicionamos, una misma santa plegaria nos unió pidiendo por la prosperidad de la patria argentina.



La catedral de Buenos Aires en 1900